

Hoy, 6 de noviembre, festividad litúrgica de los 498 mártires beatificados hace un año

Nuestros mejores abogados

Por primera vez, en el aniversario de la beatificación de 498 mártires de la fe, durante la República y la guerra civil, se celebra hoy en España esta festividad litúrgica. La Conferencia Episcopal lo conmemora con la publicación de diversos materiales, entre los que se encuentra el volumen *Mártires del siglo XX en España. Don y desafío* (editado por María Encarnación González Rodríguez), con las actas de unas Jornadas organizadas por la Oficina de las Causas de los Santos, el pasado mes de abril. En esas Jornadas, monseñor Fernando Sebastián, arzobispo emérito de Pamplona, explicaba el sentido del martiro:

La naturaleza del martirio no consiste simplemente en el hecho de la muerte, ni del sufrimiento. El martirio es el mantenimiento de la fe, la firmeza del amor y la consumación de la esperanza, por encima del amor, a esta vida, la superación de toda reserva y la consumación del amor, precisamente con ocasión de la muerte irremediable. La muerte hace crecer hasta el límite la adhesión y el amor del testigo al Dios vivo. En eso radica la fuerza invencible de su testimonio.

La violencia de los perseguidores es el reconocimiento de la sinrazón de la vida sin Dios. El hombre sin Dios necesita extinguir la luz para vivir *feliz* en sus tinieblas.

Los mártires son nuestros maestros de vida. Ellos nos descubren lo que todos llevamos dentro. En ellos queda patente la realidad profunda de nuestra vida, el valor absoluto de Dios, la primacía de la vida eterna, la seguridad de la fe, la firmeza del amor y la fuerza del Espíritu Santo para vencer todas las dificultades que podamos encontrar en este mundo.

La memoria de los mártires nos muestra que vivimos en un mundo difícil, en el que operan los poderes del Mal y al que no nos podemos entregar ni someter.

Los católicos españoles somos hijos de nuestros mártires, de los lejanos y de los más cercanos. De ellos, de su fidelidad invencible, hemos recibido y estamos recibiendo la herencia de nuestra fe; su fortaleza es el apoyo de la nuestra, la claridad de su iluminada esperanza tiene que iluminar también nuestra vida, para no ceder ante las falsas promesas o las irritadas presiones de nuestro mundo. ¿Qué hubiera sido de la fe de los españoles y de la Iglesia

en España sin el muro insalvable de la fortaleza de los mártires? ¿Qué hubiera sido de nuestra propia fe, de nuestra vocación, sin el esplendor de su testimonio? Muchos de nosotros hemos vivido sensiblemente esta continuidad entre su muerte y nuestra vida. Pensando en ellos comprendemos el sentido de las palabras de Pablo: «Llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que vosotros podáis alcanzar la vida». Seríamos ingratos y necios si dejáramos que se debilitara su memoria.

En estos momentos, ellos son nuestros mejores abogados y protectores. Muchos de ellos murieron diciendo que ofrecían sus vidas por la fe de España y de los españoles, por la paz y la reconciliación de los españoles, por la conversión de sus verdugos.

Ellos son los mejores intercesores y los mejores maestros de vida para recuperar la claridad y el vigor de un cristianismo sincero, personal, anclado en el amor de Dios y en la posesión de la vida eterna, vivido como un ejercicio del amor y de la fraternidad, con coherencia, con valentía, sin miedos ni concesiones, también sin odios ni condenaciones, con humildad, con paciencia, con misericordia, devolviendo bien por mal y renunciando a los falsos reconocimientos, que siempre exigen por adelantado el mismo sometimiento que el demonio pedía a Jesús en las tentaciones del desierto.